

# 12. Mujeres, luchas por la tierra y globalización: una perspectiva internacional (2004)

Pese a los intentos sistemáticos de los poderes coloniales de destruir los sistemas femeninos de agricultura, las mujeres constituyen el grueso de los trabajadores agrícolas del planeta y forman la primera línea de resistencia en las luchas por un uso no capitalista de los recursos naturales (tierra, bosques y agua). Mediante la defensa de la agricultura de subsistencia, el acceso comunal a la tierra y la oposición a la expropiación de tierras, las mujeres están construyendo el sendero hacia una sociedad no explotadora, una en la cual hayan desaparecido las amenazas de hambrunas y de desastres ecológicos.

¿Cómo podemos salir de la pobreza si ni siquiera disponemos de un pedazo de tierra para cultivar? Si tuviésemos tierras para cultivar, no necesitaríamos que nos envíen comida desde Estados Unidos. No. Tendríamos la nuestra. Pero mientras el gobierno se niegue a proporcionarnos las tierras y otros recursos que necesitamos, continuaremos teniendo extranjeros que decidan cómo gobernar nuestra tierra.

Elvia Alvarado<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Medea Benjamín (ed.), *Don't be Afraid Gringo: A Honduran Woman Speaks from the Hearth: The Story of Elvia Alvarado*, Nueva York, Harper Perennial, 1987, p. 104.

## Las mujeres mantienen el mundo con vida

HASTA HACE POCO, los temas relacionados con la tierra y las luchas por la defensa de esta no habían logrado generar interés entre la mayor parte de norteamericanos, a no ser que fuesen granjeros o descendientes de nativos americanos para quienes la importancia de la tierra como cimiento para la vida es, al menos culturalmente, todavía primordial. Muchos de los conflictos por la defensa de la tierra parecen haberse esfumado en un pasado borroso, que se nos escapa. En el periodo subsiguiente a la urbanización masiva, la tierra ya no parecía ser uno de los medios básicos para la reproducción social, mientras que las nuevas tecnologías proclamaban ser capaces de proveer toda la energía, la autonomía y la creatividad que una vez se asociaron con el autoabastecimiento y la agricultura a pequeña escala.

Esto ha supuesto una gran pérdida, empezando porque esta amnesia ha creado un mundo en el que las cuestiones más básicas acerca de nuestra existencia —de dónde surge la comida, si nos alimenta o si, en cambio, nos envenena— permanecen sin respuesta y, lo que es peor, sin que nadie se las cuestione. Esta indiferencia entre los urbanitas respecto al territorio está tocando a su fin. La preocupación por la ingeniería genética en los cultivos agrícolas y el impacto ecológico provocado por la destrucción de los bosques tropicales, junto con el ejemplo que suponen las luchas llevadas a cabo por los pueblos indígenas, como los zapatistas levantados en armas para oponerse a la privatización de su territorio, han provocado un aumento de la concienciación en Europa y en Estados Unidos sobre la importancia de la «cuestión del territorio» que hasta hace poco se identificaba como un problema del «Tercer Mundo».

Como consecuencia de este cambio conceptual, hoy en día se asume que la tierra no es un factor irrelevante para el capitalismo moderno. La tierra es la base material esencial para el trabajo de subsistencia de las mujeres, que a su vez es la principal fuente de «seguridad alimentaria» de millones de personas en todo el mundo. Es en este contexto que hay que analizar las luchas que las mujeres desarrollan en todo el planeta no solo como manera de reapropiarse de la tierra sino también como forma de impulsar la agricultura de subsistencia y la utilización no comercial de los recursos. Son esfuerzos extremadamente importantes no solo porque gracias a ellos sobreviven miles de millones de personas, sino porque nos señalan los cambios que tenemos que realizar

si queremos construir una sociedad en la que nuestra reproducción no tenga lugar a expensas de otras personas y que tampoco signifique una amenaza para la continuidad de la vida en este planeta.

## Mujeres y tierra: una perspectiva histórica

Es un hecho indiscutible, pero a la vez de difícil cuantificación tanto en las áreas urbanas como en las rurales, que las mujeres son las agricultoras de subsistencia del planeta. Es decir, las mujeres producen la mayor parte de los alimentos consumidos por sus familiares (directos o indirectos) o que se venden en los mercados para el consumo cotidiano, especialmente en África y Asia donde vive el grueso de la población mundial.

Es difícil estimar el alcance de la agricultura de subsistencia, ya que en su mayor parte no es un trabajo asalariado y a menudo no se produce en granjas formales. A esto habría que añadir que muchas de las mujeres que lo realizan no lo perciben como un trabajo. Esto camina en paralelo con otro factor económico bien conocido: el número de trabajadoras domésticas y el valor de su trabajo es difícil de calcular. Dado que el capitalismo está orientado a la producción para el mercado, el trabajo doméstico no se contabiliza como trabajo, y aún muchas personas no lo consideran un «trabajo de verdad».

Las agencias internacionales como la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y las mismas Naciones Unidas a menudo han hecho caso omiso de las dificultades que presenta el cálculo de la agricultura de subsistencia. Pero sí que han reconocido que depende mucho de la definición que se utilice en cada momento. Por señalar un ejemplo, afirman que en Bangladesh la participación de las mujeres en la mano de obra era del 10 % según la Encuesta de Población Activa de 1985-1986 y, sin embargo, cuando en 1989 esta misma investigación incluyó en el cuestionario actividades específicas como la trilla de cultivos, el procesamiento de alimentos y la cría de aves el índice de actividad económica creció hasta un 63 %.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Naciones Unidas, *The World's Women 1995: Trends and Statistics*, Nueva York, Naciones Unidas, 1995, p. 114. En 1988 la OIT definió a las personas que trabajan en la agricultura y la pesca como aquellas que «proveen alimentos, cobijo y un mínimo de ingresos económicos para ellas y para sus

No es sencillo entonces evaluar exactamente, en función de las estadísticas disponibles, cuántas personas y cuántas mujeres en particular están involucradas en la agricultura de subsistencia; pero lo que está claro es que suponen una cantidad importante. En el África subsahariana, por ejemplo, según la FAO: «Las mujeres producen hasta el 80 % de todos los alimentos básicos para el consumo doméstico y para el comercio».<sup>3</sup> Teniendo en cuenta que la población del África subsahariana es de casi setecientos cincuenta millones de personas, y que un gran porcentaje de la misma está compuesto por niños, esto significa que más de cien millones de mujeres deben de ser agricultoras de subsistencia.<sup>4</sup> Tal y como señala el eslogan feminista: «las mujeres sujetan más de la mitad del cielo».

Se debería reconocer lo asombroso de la persistencia de la agricultura de subsistencia si consideramos que para el desarrollo capitalista ha sido prioritaria la separación de los productores agricultores, en especial las mujeres, de la tierra. Y esto tan solo puede ser explicado por las tremendas luchas que las mujeres han llevado a cabo para resistir la mercantilización de la agricultura.

Evidencias de esta lucha se encuentran a lo largo de toda la historia de la colonización, de los Andes a África. Como respuesta a la expropiación territorial de los españoles (apoyados por los jefes locales), las mujeres de México y de Perú durante los siglos XVI y XVII escaparon a las montañas, reunieron allí a las poblaciones para resistir a los invasores extranjeros y se convirtieron en las defensoras

---

familiares» (ONU, *ibidem*) —una vaga definición en función de la noción de «ingreso económico mínimo» y de «suministro» que use cada uno. Más si cabe, su significado clave se deriva de las intenciones, por ejemplo, de la falta de «orientación mercantil» de los trabajadores de subsistencia y de las carencias que experimentan como el acceso al crédito formal y a la tecnología avanzada.

<sup>3</sup> Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, *Gender and Agriculture*, disponible en <http://www.fao.org/Gender/agrib4e.htm>.

<sup>4</sup> El impacto social y económico del colonialismo varió profundamente dependiendo (en parte) de la duración del control colonial directo. Podemos incluso tomar las actuales diferencias en la participación de las mujeres en la agricultura de subsistencia y en la agricultura comercial como medida de la extensión alcanzada por la apropiación colonial de las tierras. Tomando como referencia las encuestas de población activa de la OIT-ONU, y teniendo en cuenta la problemática anteriormente señalada acerca de la cuantificación de la agricultura de subsistencia, podemos observar que el África subsahariana posee el mayor porcentaje de mano de obra femenina dedicada a la agricultura, 75 %, mientras que en el sur de Asia es del 55 %, del 42 % en el sudeste de Asia y en el este del 35 %. Por el contrario, América del Sur y América Central muestran los índices más bajos de participación en la agricultura, similares a los encontrados en aquellas regiones «desarrolladas» como Europa, que oscilan entre el 7 y el 10 %. Esto quiere decir que los índices de participación en la agricultura tienen cierta correlación con la duración del colonialismo formal en cada región.

más devotas y acérrimas de las antiguas culturas y religiones, basadas en la adoración a los dioses de la naturaleza.<sup>5</sup> Más tarde, durante el siglo XIX, en África y Asia, las mujeres defendieron los sistemas agrícolas femeninos tradicionales de los ataques sistemáticos que los colonizadores europeos lanzaron para desmantelarlos y redefinir las labores agrícolas como un trabajo masculino.

Como Ester Boserup (entre otras) ha demostrado en relación a África Oriental, no solo los funcionarios coloniales, los misioneros y después los granjeros impusieron el cultivo comercial a expensas de la producción alimentaria, sino que también excluyeron a las mujeres africanas, que realizaban la mayor parte de los trabajos agrícolas, del aprendizaje de los sistemas modernos de agricultura y de asistencia técnica. Invariablemente privilegiaban a los hombres en lo tocante a las asignaciones de terrenos, incluso cuando se ausentaban de sus casas.<sup>6</sup> Gracias a esto, además de erosionar los derechos «tradicionales» de las mujeres en relación con su participación en los sistemas de tierras comunales y como cultivadoras independientes, los colonizadores y los granjeros de este tipo introdujeron nuevas divisiones entre hombres y mujeres. Impusieron una nueva división sexual del trabajo, basada en la subordinación de las mujeres a los hombres, que según los esquemas colonialistas incluía la cooperación no remunerada con sus maridos en la labranza de los cultivos comerciales.

De todas maneras, las mujeres no aceptaron sin protestar este deterioro de su posición social. En el África colonial cada vez que tenían que el gobierno fuera a vender sus terrenos o a apropiarse de sus cultivos se rebelaban. Ejemplar fue la protesta de las mujeres que se organizaron contra las autoridades coloniales en Kedjom Keku y en Kedjom Ketinguh (noroeste de Camerún, entonces bajo mandato británico) en 1958. Furiosas por los rumores que afirmaban que el gobierno iba a poner a la venta sus tierras, 7.000 mujeres marcharon repetidas veces sobre Bamenda, capital de la provincia en aquel momento, y en su más larga estancia acamparon fuera de los edificios administrativos de los colonos británicos durante dos semanas, «cantando fuertemente y haciendo sentir su alborotadora presencia».<sup>7</sup>

<sup>5</sup> Irene Silverblatt, *Moon, Sun, and Witches: Gender Ideologies and Class in Inca and Colonial Peru*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 1987; Federici, *Caliban and the Witch*, Nueva York, Autonomedia, 2004 [ed. cast.: *Calibán y la Bruja*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010].

<sup>6</sup> Ester Boserup, *Women's Role in Economic Development*, London, George Allen and Unwin Ltd., 1970, pp. 53-55, 59-60.

<sup>7</sup> Susan Diduk, «Women's Agricultural Production and Political Action in the Cameroon

En la misma región, las mujeres lucharon contra la destrucción de sus cultivos de subsistencia debido al forrajeo del ganado propiedad de la élite masculina local o por los nómadas fulani a los que las autoridades coloniales habían garantizado derechos de pastoreo estacionales con la idea de recaudar impuestos por el ganado. También en este caso, las bulliciosas protestas de las mujeres impidieron el plan, obligando a las autoridades a sancionar a los pastores trashumantes que lo incumpliesen. Como escribe Susan Diduk:

Durante las protestas las mujeres percibieron ellas mismas que estaban luchando por la supervivencia y las necesidades de su familia y sus allegados. Su labor agricultora era indispensable y continúa siéndolo para la producción diaria de alimentos. Los hombres kedjom también enfatizaron la importancia de estos roles tanto en el pasado como en el presente. Hoy en día todavía es frecuente escuchar: «¿No sufren las mujeres labrando y gestando a los niños durante nueve meses? Sí, lo hacen por el bien del país». <sup>8</sup>

Se produjeron luchas similares durante los años cuarenta y cincuenta por toda África, en las que las mujeres se resistían a la introducción de cultivos comerciales y al trabajo que este cultivo les imponía y que les apartaba de sus cultivos de subsistencia. La resistencia de la agricultura de subsistencia de las mujeres tiene que ser valorada, desde el punto de vista de las comunidades colonizadas, como la contribución que hicieron a la lucha anticolonial, en particular para la supervivencia de los luchadores por la libertad en los bosques (por ejemplo en Argelia, Kenia o Mozambique). <sup>9</sup> También después de

---

Grassfields», *Africa*, vol. 59, núm. 3, 1989, pp. 339-340.

<sup>8</sup> Susan Diduk «Women's Agricultural Production», *op. cit.*, p. 343. Sobre las luchas de las agricultoras en el Camerún occidental de los años cincuenta, véase también el estudio de Margaret Snyder y Mary Tadesse, quienes escriben: «Las mujeres persistieron en sus actividades económicas durante los tiempos coloniales pese a las inmensas dificultades a las que se enfrentaban. Un ejemplo es la manera en la que se movilizaron para construir asociaciones para moler el trigo en el Camerún occidental en los años cincuenta. En esos momentos se formaron más de doscientas sociedades de este tipo con un total de 18.000 miembros. Utilizaban molinos que se poseían en común, vallaron sus terrenos y construyeron depósitos de agua y almacenes cooperativos [...] En otras palabras, durante generaciones las mujeres establecieron formas de trabajo cooperativo para incrementar la productividad grupal, para llenar los vacíos socioeconómicos de la administración colonial, o para protestar contra las políticas que les privaban de los recursos necesarios para proveer a sus familias». Margaret Snyder y Mary Tadesse, *African Women and Development: A History*, Londres, Zed Books, 1995, p. 23.

<sup>9</sup> Basil Davidson, *The People's Cause: A History of Guerrillas in Africa*, Londres, Longman, 1981, pp. 76-78, 96-98, 170.

las independencias, las mujeres lucharon para no ser reclutadas para los proyectos de desarrollo agrícola como «ayudantes» no remuneradas de sus maridos. El mejor ejemplo de esta resistencia es la lucha intensa que mantuvieron en Senegambia contra la cooperación obligada en los cultivos comerciales de arroz, que se producían a expensas de la producción agrícola de subsistencia.<sup>10</sup>

Gracias a estas luchas —a día de hoy reconocidas como principal causa del fracaso de los proyectos de desarrollo agrícola de los años sesenta y setenta—, una proporción considerable del sector de subsistencia ha sobrevivido en muchas regiones del mundo, pese al compromiso de los gobiernos, pre- y post-independencia, de impulsar un «desarrollo económico» de corte capitalista.<sup>11</sup>

La determinación de millones de mujeres en África, Asia y en las Américas de no abandonar la agricultura de subsistencia debe ser enfatizada para contrarrestar la tendencia, común incluso entre los científicos sociales radicales, de interpretar la supervivencia de la agricultura femenina de subsistencia como una necesidad del capital internacional tanto de abaratar el coste de la reproducción de la mano de obra como de «liberar» trabajadores masculinos para el cultivo de las plantaciones comerciales y otros trabajos remunerados. Claude Meillassoux, marxista partidario de esta teoría, ha defendido que la producción femenina orientada a la subsistencia, o la «economía doméstica» como él la denomina, ha servido para asegurar un suministro de trabajadores baratos para el sector capitalista doméstico y exterior, y como tal, ha subsidiado la acumulación capitalista.<sup>12</sup> Según su argumentación, gracias al trabajo de los «poblados», los trabajadores que emigraron a París o a Johannesburgo proporcionaron mercancía «gratuita» a los capitalistas que les empleaban; ya que los patrones no habían tenido que pagar por su desarrollo ni tenían que proporcionarles seguros de desempleo cuando ya no necesitasen de su trabajo.

Desde esta perspectiva, el trabajo de las mujeres en la agricultura de subsistencia supone un añadido para los gobiernos, las empresas y las agencias de desarrollo, que les permite explotar más efectivamente el trabajo asalariado

---

<sup>10</sup> Judith Carney y Michael Watts, «Disciplining Women? Rice, Mechanization, and the Evolution of Mandinka Gender Relations in Senegambia», *Signs*, vol. 16, núm. 4, 1991, pp. 651-681.

<sup>11</sup> Caroline O. N. Moser, *Gender Planning and Development: Theory, Practice and Training*, Londres, Routledge, 1993.

<sup>12</sup> Claude Meillassoux, *Maidens, Meals, and Money: Capitalism and the Domestic Community*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press, 1975 [ed. cast.: *Mujeres, graneros y capitales: economía doméstica y capitalismo*, México, Siglo XXI, 1993].

y obtener una constante transferencia de riqueza de las áreas rurales a las urbanas, degradando consecuentemente las vidas de las mujeres agricultoras.<sup>13</sup> En su favor, decir que Meillassoux reconoce los esfuerzos invertidos por los gobiernos y las agencias de desarrollo para «subdesarrollar» el sector de subsistencia. Es consciente del constante expolio de los recursos de este sector así como también reconoce la naturaleza precaria de esta forma de trabajo-reproducción, pronosticando el advenimiento de una crisis a corto plazo.<sup>14</sup> Sin embargo, no es capaz de identificar la importancia de la lucha soterrada por la supervivencia del trabajo de subsistencia ni lo necesario de su continuidad, pese a los ataques lanzados sobre él, desde el punto de vista de la capacidad de la comunidad de resistir la invasión de las relaciones capitalistas.

En la línea de los economistas liberales, su visión del «trabajo de subsistencia» lo degrada completamente al nivel de actividad «antieconómica», «improductiva», de la misma manera que los economistas liberales se niegan a considerar el trabajo doméstico no remunerado de las mujeres como trabajo. Por eso, los economistas liberales, incluso cuando parecen tomar un posición feminista, proponen como alternativa «proyectos generadores de ingresos», el remedio universal a la pobreza y presumiblemente la clave para la emancipación de las mujeres en la era neoliberal.<sup>15</sup>

Estas dos perspectivas, aun siendo diferentes, obvian la importancia estratégica que tiene para las mujeres y sus comunidades el acceso a la tierra, por mucho que las empresas y los gobiernos consigan utilizarla algunas veces para sus propios fines. Aquí podemos establecer una analogía con la situación que prevaleció en algunas islas del Caribe (por ejemplo Jamaica) durante la esclavitud, donde los dueños de las plantaciones cedían parcelas de terreno a los esclavos [*provision grounds*]<sup>16</sup> para que los cultivasen para su propia alimentación. Los

<sup>13</sup> Meillassoux, *Maidens, Meals, and Money...*, *op. cit.*, pp. 110-111.

<sup>14</sup> La crisis consistiría en que si la economía doméstica pasa a ser poco productiva, no podría asegurar la reproducción del trabajador inmigrante, mientras que si es muy productiva, aumentarían los costes del trabajo ya que el trabajador podría evitar el trabajo asalariado.

<sup>15</sup> Un buen ejemplo es Caroline Moser, una «feminista del Banco Mundial» que lleva a cabo un sofisticado análisis del trabajo de las mujeres y cuyo enfoque es, en sus términos, «emancipatorio». Tras presentar un cuidadoso análisis de las diferentes perspectivas y enfoques teóricos sobre el trabajo de las mujeres (incluyendo el enfoque marxista), los casos que examina son dos proyectos «generadores de ingresos» y un programa de «comida por trabajo», *Gender Planning and Development*, *op. cit.*, pp. 235-238.

<sup>16</sup> Los *provision grounds* eran terrenos cedidos para la agricultura de subsistencia de los esclavos, tierras no aptas para el cultivo de la caña de azúcar en los alrededores de las plantaciones. Pese al



propietarios tomaron esta decisión para ahorrar en los alimentos que tenían que importar y reducir los costes de reproducción de sus trabajadores, pero esta estrategia también aportó beneficios a los trabajadores, ya que les permitió un mayor grado de movilidad y de independencia hasta tal punto que —según algunos historiadores— incluso antes de la emancipación se había alcanzado en algunas islas un protocampesinado con un remarcable grado de libertad de movimiento, y que incluso algunas veces lograba obtener ciertos ingresos de la venta de sus propios productos.<sup>17</sup>

La extensión de esta analogía para ilustrar la importancia de la agricultura de subsistencia en el periodo capitalista postcolonial nos permite afirmar que este tipo de agricultura ha supuesto un importante método de supervivencia para miles de millones de trabajadores, al dar la oportunidad a los asalariados de obtener mejores condiciones laborales y de sobrevivir a las huelgas laborales y a las protestas políticas; es por esto que en algunos países el sector asalariado ha tenido una importancia desproporcionada respecto a su tamaño numérico.<sup>18</sup>

El «poblado» —una metáfora para denominar la agricultura y la ganadería de subsistencia en un asentamiento comunal— también ha supuesto un punto crucial en las luchas de las mujeres, proporcionándoles una base desde la que reclamar la riqueza que el Estado y el capital les estaban arrebatando. Estas luchas han adquirido muchas y diversas formas, dirigidas tanto contra

---

trabajo extra que les suponía, los esclavos encontraron en estos terrenos espacios de solidaridad y complicidad, de seguridad alimentaria, de transmisión de información, de la cultura y de tradiciones propias, y de conspiración para la rebelión. Los terrenos se trabajaban habitualmente de manera colectiva y en base al apoyo mutuo. [N. de la T.]

<sup>17</sup> Barbara Bush, *Slave Women in Caribbean Society, 1650-1838*, Bloomington, Indiana, Indiana University Press, 1990; Marietta Morrissey, *Slave Women in the New World*, Lawrence, University Press of Kansas, 1989. Pese a todo, tan pronto como el precio del azúcar aumentó en el mercado mundial, los propietarios de las plantaciones redujeron el tiempo que otorgaban a los esclavos para el cultivo de sus terrenos.

<sup>18</sup> Silvia Federici, «The Debt Crisis, Africa, and the New Enclosures» incluido en *Midnight Oil: Work, Energy, War, 1973-1992*, Nueva York, Autonomedia, 1992. Véanse, por ejemplo, los textos de Michael Chege en los que escribe acerca de los trabajadores africanos: «La mayor parte de los trabajadores africanos mantienen un pie en las zonas agrícolas; la existencia de trabajo totalmente alienado de la propiedad de la tierra todavía no ha ocurrido»; «The State and Labour in Kenya» en Peter Anyang'Nyong'o (ed.), *Popular Struggles for Democracy in Africa*, Londres, Zed Books, 1987, p. 250. Una de las consecuencias de esta «falta de alienación es que el trabajador africano puede confiar en una base material solidaria (especialmente la provisión de alimentos) de parte de la gente de los poblados en el momento que él/ella decidan ponerse en huelga».

los hombres como contra los gobiernos, pero siempre reforzadas por el hecho de que las mujeres tenían acceso directo a la tierra y, de esta manera, podían mantenerse ellas mismas y sus hijos y obtener ciertas ganancias de la venta del excedente producido. Por eso, incluso cuando se han visto urbanizadas, las mujeres han continuado cultivando cualquier pedazo de tierra al que lo-grasen acceder, con la idea de poder alimentar a sus familias y mantener cierto grado de autonomía del mercado.<sup>19</sup>

La importancia de los poblados y la fuente de fortaleza que suponían para los trabajadores masculinos y femeninos dentro del antiguo orden colonial puede medirse en relación con los radicales ataques que desde principios de los años ochenta y durante la década de los noventa el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la Organización Internacional del Comercio (OIT) han lanzado contra las raíces de estos asentamientos bajo la guisa del ajuste estructural y la «globalización».<sup>20</sup>

El Banco Mundial ha hecho de la destrucción de la agricultura de subsistencia y de la promoción de la mercantilización de la tierra la pieza central de sus omnipresentes programas de ajuste estructural.<sup>21</sup> Al final de los años ochenta y durante los años noventa, no solo se han cercado tierras sino que también se ha inundado los mercados de las recién liberalizadas economías de África y Asia (países a los que no se les permite subsidiar a sus granjeros) con alimentos «baratos» (por ejemplo, los subsidiados, provenientes de Europa y Estados Unidos), expulsando aún más de los mercados locales a las granjeras. Mientras tanto grandes porciones de las antiguas tierras comunales han

<sup>19</sup> Deborah Fahy Bryceson, *Liberalizing Tanzania's Food Trade: Private and Public Faces of Urban Marketing Policy, 1930-1988*, Londres, Zed Books, 1993, pp. 105-117.

<sup>20</sup> El ataque lanzado por el Banco Mundial mediante los planes de ajuste estructural *falsea* la argumentación de Meillassoux de que la economía doméstica es funcional para el capitalismo, pero sin embargo, *verifica* su predicción de que se aproxima una crisis «final» del capitalismo debido a su incapacidad de preservar y controlar la economía doméstica, Meillassoux, *Maidens, Meal and Money*, *op. cit.*, p. 141.

<sup>21</sup> Federici, «The Debt Crisis», *op. cit.*; Caffentzis, «The Fundamental Implications of the Debt Crisis for Social Reproduction in Africa», en Mariarosa Dalla Costa y Giovanna Franca Dalla Costa (eds.), *Paying the Price: Women and the Politics of International Economic Strategy*, Londres, Zed Books, 1995, pp. 15-41; Terisa E. Turner y Leigh S. Brownhill, «African Jubilee: Mau Mau Resurgence and the Fight for Fertility in Kenya, 1986-2001», *Gender, Feminism and the Civil Commons: A Special Issue of Canadian Journal of Development Studies*, núm. 22, 2003.

sido absorbidas por las empresas agroindustriales dedicadas a la producción de cultivos para la exportación. Por último, las guerras y las hambrunas han forzado a millones de personas a abandonar sus tierras.

Todo esto se ha visto seguido de una gran *crisis reproductiva* cuyas proporciones no se habían alcanzado ni siquiera durante el periodo colonial. Incluso en regiones que antaño fueron famosas por su productividad agrícola, como el sur de Nigeria, los alimentos son escasos hoy en día o demasiado caros para la mayor parte de la población, que como consecuencia de los ajustes estructurales ha tenido que enfrentarse simultáneamente a la escalada de precios, la congelación salarial, la devaluación de las divisas, el desempleo masivo y los recortes en los servicios sociales.<sup>22</sup>

Aquí radica la importancia de las luchas de las mujeres por la tierra. Las mujeres han supuesto el principal parachoques del mundo proletario frente a las hambrunas provocadas por el régimen neoliberal del Banco Mundial. Ellas han sido las principales oponentes frente a la exigencia neoliberal de que sean los «precios del mercado» los que determinen quién debe vivir y quién debe morir, y son ellas las que han proporcionado un modelo práctico para la reproducción de la vida bajo un modelo no comercial.

## **Las luchas por la subsistencia y en contra de la «globalización» en África, Asia y Latinoamérica**

Enfrentadas a una renovación del impulso de la privatización de tierras, de la extensión de los cultivos comerciales y del incremento en los precios de los alimentos durante la era de la globalización, las mujeres han recurrido a diferentes estrategias para oponerse a las instituciones más poderosas del planeta.

La estrategia primordial adoptada por las mujeres para defender sus comunidades del impacto del ajuste económico y de la dependencia del mercado global ha sido la expansión de la agricultura de subsistencia incluso en los

---

<sup>22</sup> Nigeria es un claro ejemplo del dramático declive del «salario real» y del incremento en el índice de pobreza. Este país se consideraba un país con «clase media» pero hoy en día un 20 % de la población vive con menos de dos dólares al día y un 70 % con menos de un dólar diario; estadísticas extraídas de la web de Programas de Desarrollo de la ONU.

centros urbanos. El caso de Guinea Bissau resulta bastante ilustrativo: desde principios de los años ochenta las mujeres han plantado pequeños jardines con verduras, mandioca y árboles frutales alrededor de la mayor parte de las casas en la capital de Bissau y en otras ciudades, y han elegido renunciar en tiempos de carestía a las posibles ganancias que pudiesen obtener de la venta de sus productos para asegurarse que sus familias no sufran por la falta de alimentos.<sup>23</sup> También en referencia a África, Crista Wichterich señalaba cómo, durante los años noventa, la agricultura de subsistencia y los huertos urbanos (*cooking pot economics* [economía de puchero]) resurgieron en muchas localidades, y que las responsables de todo esto eran mujeres de clase baja, en su mayor parte:

En Dar-es-Salaam, en lugar de arriates de flores frente a las viviendas de protección oficial de los mal pagados funcionarios, había cebollas y árboles de papayas; pollos y plataneras en los jardines traseros de Lusaka; huertos en las medianas de las calles principales de Kampala, y especialmente en Kinshasa, donde el sistema de suministro de alimentos hacía mucho tiempo que se había derrumbado [...] [También] en las ciudades [keniatas] [...] las franjas laterales de las carreteras, los jardines frontales y los descampados fueron ocupados inmediatamente con maíz, plantas y *sukum wiki*, la col más habitual de esta zona.<sup>24</sup>

Pero para expandir la producción de alimentos, las mujeres deben poder ampliar la cantidad de tierra a la que tienen acceso, y este acceso pelagra debido a las campañas impulsadas por las agencias internacionales para mercantilizar el uso del suelo y crear un mercado de bienes raíces.<sup>25</sup> Para mantener las tierras de cultivo, otras mujeres han preferido quedarse en las zonas rurales,

<sup>23</sup> Rosemary Galli y Ursula Frank, «Structural Adjustment and Gender in Guinea Bissau», en Gloria T. Emeagwali (ed.), *Women Pay the Price: Structural Adjustment in Africa and the Caribbean*, Trenton (NJ), Africa World Press, 1995. En Bissau, las mujeres plantan arroz durante las temporadas de lluvia en parcelas situadas en las periferias de las ciudades; durante los periodos de sequía más mujeres emprendedoras intentan acceder a parcelas cercanas para plantar alimentos que necesitan irrigación y obtener alimentos no solo para el consumo doméstico sino también para su venta. *Ibidem*, p. 20.

<sup>24</sup> Christa Wichterich, *The Globalized Woman: Reports from a Future of Inequality*, Londres, Zed Books, 2000, p. 73.

<sup>25</sup> Una vez que la tierra se tipifica como mercancía se considera que existe un mercado de bienes raíces [*land market*]. Este tipo de mercado se encarga de las transacciones sobre todo tipo de bienes inmuebles (viviendas, terrenos, locales, etc.). [N. de la T.]

mientras que la mayor parte de los hombres han emigrado, lo que ha provocado una «feminización de los poblados» y que los trabajos los realicen mujeres que cultivan solas o en cooperación con otras mujeres.<sup>26</sup>

La necesidad de mantener o expandir la tierra para cultivos de subsistencia es también en Bangladesh una de las principales luchas de las mujeres rurales, hecho que condujo en 1992 a la formación de la Landless Women Association [Asociación de Mujeres Sin Tierra], que desde entonces ha llevado a cabo innumerables ocupaciones de tierras. Durante todo este tiempo la asociación ha conseguido realojar a 50.000 familias, enfrentándose a menudo con los propietarios de las tierras en violentos choques. Según Shamsun Nakar Doli, una de las líderes de esta organización y a la cual le debo esta información, muchas de las ocupaciones de tierras se producen en *chars*, pequeños islotes poco elevados formados por el depósito de barro y tierra que se acumula en los cauces de los ríos e incluso en el mismo río.<sup>27</sup> Estos nuevos lotes de tierras, tal y como recoge la ley bangladesí, deberían ser entregados a agricultoras sin tierras, pero debido al aumento de su valor comercial, los grandes propietarios de tierras se apoderan cada vez más de ellos; aun así las mujeres se han organizado para detenerlos, defendiéndose ellas mismas con escobas, lanzas de bambú e incluso cuchillos. También han instalado sistemas de alarma, para avisar a otras mujeres cuando se acercan los botes de los propietarios o sus matones, y así resistir su ataque o evitar que lleguen a desembarcar.

Luchas similares por la defensa de la tierra se han mantenido en Sudamérica. En Paraguay la Coordinación de Mujeres Campesinas (CMC) se formó en 1985 en alianza con el Movimiento Campesino Paraguayo (MCP) para reclamar la distribución de tierras.<sup>28</sup> Como señala Jo Fisher, la CMC fue el primer movimiento de mujeres campesinas que salió a la calle para defender así sus demandas y que incorporó a sus reclamaciones las preocupaciones de las mujeres, condenando al mismo tiempo «su doble opresión, como campesinas y como mujeres».<sup>29</sup>

<sup>26</sup> Galli y Funk, «Structural Adjustment and Gender», *op. cit.*, p. 23.

<sup>27</sup> Este informe se basa en un testimonio oral escuchado durante la contracumbre que tuvo lugar en Praga en el año 2000.

<sup>28</sup> Jo Fisher, *Out of the Shadows: Women, Resistance and Politics in South America*, Londres, Latin America Bureau, 1993, p. 86.

<sup>29</sup> *Ibidem*, p. 87.

El punto de inflexión de la CMC llegó cuando el gobierno prometió grandes lotes de tierras al movimiento campesino en las zonas boscosas cercanas a la frontera con Brasil. Las mujeres tomaron estas cesiones de terreno como una oportunidad para organizar una comunidad modelo, juntándose para cultivar colectivamente sus parcelas de terreno. Como relata Geraldina, una de las primeras fundadoras del CMC:

Trabajamos todo el rato, ahora más que nunca, pero también cambiamos la manera en la que trabajábamos. Experimentamos con el trabajo comunal para ver si nos permitía tener tiempo para más cosas. También nos da la oportunidad de compartir nuestras experiencias y preocupaciones. Es una manera muy diferente de vivir. Antes, ni siquiera conocíamos a nuestras vecinas.<sup>30</sup>

Las luchas de las mujeres por la tierra han incluido la defensa de las comunidades amenazadas por los proyectos de construcción erigidos en nombre del «desarrollo urbano». Los conceptos «vivienda y realojo» tradicionalmente han conllevado la pérdida de «tierra» para la producción alimentaria. Un ejemplo de resistencia de este tipo es la lucha sostenida por las mujeres en Kawaala, un barrio de Kampala (Uganda) en el que el Banco Mundial, junto con el ayuntamiento de Kampala, patrocinó, durante 1992 y 1993, un gran proyecto de construcción de viviendas que amenazaba con destruir buena parte de las tierras agrícolas de subsistencia alrededor o cerca de las casas de los habitantes de la zona. No sorprende que fuesen las mujeres las que se organizaron más enérgicamente contra el proyecto, mediante la formación de un comité de vecinos, Abataka Committee, obligando finalmente al Banco Mundial a retirarse del proyecto. En palabras de una de las mujeres que lideraba el movimiento:

Mientras que los hombres evitaban el conflicto, las mujeres tuvieron la fuerza de decir todo lo que pensaban en los encuentros con representantes del gobierno. Las mujeres eran más ruidosas porque les afectaba directamente. Es muy duro para las mujeres estar sin ningún tipo de ingresos [...] la mayor parte de esas mujeres

---

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 98.

son las encargadas de alimentar a sus hijos y sin ningún tipo de ingreso o comida no pueden hacerlo [...] Si vienes y les arrebatas su tranquilidad y sus ingresos, van a luchar y no porque lo deseen sino porque las han oprimido y reprimido.<sup>31</sup>

Aili Mari Tripp señala que la situación en el vecindario de Kawaala dista mucho de ser única. Se tiene noticia de al menos trece luchas parecidas en diferentes partes de África y Asia, donde las organizaciones de mujeres campesinas se han enfrentado al desarrollo de zonas industriales que amenazaban con desplazarlas a ellas y a sus familias y con dañar el entorno. El desarrollo industrial y urbanístico choca frecuentemente con las necesidades de la agricultura de subsistencia de las mujeres, y todo esto en un contexto en el cada vez más mujeres, incluso en las ciudades, se dedican a cultivar el terreno que tienen a su disposición (en Kampala las mujeres producen cerca del 45 % de los alimentos para sus familias). Es importante añadir que al defender la tierra del asalto de los intereses comerciales y reafirmar el principio de que «la tierra y la vida no están en venta», de nuevo las mujeres, tal y como hicieron en el pasado frente a la invasión colonial, están defendiendo la historia y la cultura de su gente. En el caso de Kawaala, la mayor parte de los residentes de la tierra en disputa llevaban viviendo allí durante generaciones y allí era donde estaban enterrados sus familiares —evidencia final para muchos ugandeses de la propiedad de la tierra. Las reflexiones de Tripp sobre esta lucha por la tierra vienen al caso en este análisis:

Volviendo atrás en el desarrollo de los hechos en conflicto, se hace evidente que los residentes, especialmente las mujeres que han formado parte de él, intentaban institucionalizar nuevas formas de movilización comunitaria, y no solo en Kawaala sino con miras más amplias, de cara a proporcionar un modelo a seguir por otros proyectos comunitarios. Buscaban una alianza que recogiese las necesidades de las mujeres, las viudas, los niños y los mayores como punto de partida y que reconociese su dependencia de la tierra para la supervivencia.<sup>32</sup>

<sup>31</sup> Aili Mari Tripp, *Women and Politics in Uganda*, Oxford, James Currey, 2000, p. 183.

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 194.

Hay que mencionar otros dos tipos de desarrollo junto a la defensa de las mujeres de la producción de subsistencia. Primero, la formación de sistemas autosuficientes regionales dirigidos a garantizar la «seguridad alimentaria» y a mantener una economía basada en la solidaridad y en el rechazo a la competitividad. El ejemplo más impresionante a este respecto nos llega de la India donde las mujeres han formado la National Alliance for Women's Food Rights [Alianza Nacional por los Derechos Alimentarios de las Mujeres], un movimiento nacional compuesto por treinta y cinco grupos de mujeres. Uno de los principales esfuerzos de la alianza se ha centrado en la campaña en defensa de la economía basada en el cultivo de las semillas de mostaza, un cultivo crucial para muchas mujeres de la India, tanto del ámbito rural como urbano. Este cultivo de subsistencia se ha visto amenazado por los intentos de las corporaciones multinacionales radicadas en Estados Unidos de imponer la soja genéticamente modificada como fuente de aceite de cocina.<sup>33</sup> En respuesta a esto, la Alianza ha desarrollado «vínculos directos entre productor y consumidor» con el objetivo de «defender el modo de vida de los granjeros y las diferentes elecciones culturales de los consumidores», tal y como declaró Vandana Shiva, una de las líderes del movimiento. En sus propias palabras: «Protestamos contra las importaciones de soja y reclamamos que se prohíba la importación de productos de soja genéticamente modificada. Como cantan las mujeres de los guetos de Delhi: “Sarson Bachao, Soya Bhagao”, que quiere decir: “Salvemos la mostaza, abandonemos la soja”».<sup>34</sup>

Segundo, a lo largo del planeta, las mujeres han liderado las luchas contra la tala comercial y por la protección y la reforestación de bosques, pilares de las economías de subsistencia de los habitantes de cada zona afectada, ya que les proporcionan alimento además de combustible y medicinas, y también actúan como eje de las relaciones comunitarias. Vandana Shiva, haciéndose eco de testimonios que provienen de todas las partes del planeta, afirma que son la «mayor expresión de la fertilidad y productividad del planeta».<sup>35</sup> De

<sup>33</sup> Este intento de introducir el aceite de soja sufrió un espaldarazo en 1988 cuando se descubrió que el aceite de cocina de mostaza de producción local había sido misteriosamente adulterado hasta tal punto que cuarenta y una personas murieron como resultado de su consumo. El gobierno prohibió entonces su producción para la venta. La Alianza Nacional respondió llevando el caso ante los tribunales y haciendo un llamamiento a los consumidores y productores a no colaborar con el gobierno. Vandana Shiva, *Stolen Harvest: Hijacking of the Global Food Supply*, Boston (MA), South End Press, 2000, p. 54 [ed. cast.: *Cosecha robada: el secuestro del suministro mundial de alimentos*, Barcelona, Paidós, 2003].

<sup>34</sup> *Ibidem*.

<sup>35</sup> Vandana Shiva, *Staying Alive: Women, Ecology and Development*, Londres, Zed Books, 1989, p. 56



esta manera, cuando las selvas caen bajo el ataque de la tala intensiva también significa una sentencia de muerte para los miembros de las tribus que en ella viven, especialmente para las mujeres. Por ello las mujeres hacen todo lo que pueden para evitar estas talas. En este contexto, Shiva cita a menudo el movimiento Chipko: un movimiento de mujeres, en Garhwall, a los pies del Himalaya, que a principios de los años setenta utilizaban la táctica de abrazarse a los árboles que iban a ser talados interponiendo sus cuerpos entre ellos y las sierras cuando aparecían los leñadores.<sup>36</sup> Mientras que las mujeres de Garhwall se movilizaban para evitar la tala de las selvas, en los pueblos del norte de Tailandia se protestaba contra las plantaciones de eucaliptos, impuestas a la fuerza en los terrenos que anteriormente les había expropiado, con el apoyo del gobierno militar tailandés, una compañía papelera japonesa.<sup>37</sup> En África, ha supuesto una importante iniciativa el «movimiento cinturón verde» que bajo el liderazgo de Wangari Maathai crea zonas verdes alrededor de las principales ciudades, y que desde 1977 ha plantado decenas de millones de árboles previniendo la deforestación, la pérdida de suelos, la desertización y la escasez de madera para combustible.<sup>38</sup>

Sin embargo la lucha más sorprendente por la supervivencia de las selvas tuvo lugar en el Delta del Níger, donde los manglares se encuentran en constante peligro debido a la extracción de crudo. La oposición lleva veinte años organizada, y comenzó en Ogharefe, en 1984, cuando miles de mujeres del área sitiaron la planta de la empresa Pan Ocean demandando compensaciones por la destrucción de los acuíferos, de los árboles y del terreno. Para demostrar su determinación, las mujeres amenazaron con desnudarse en el caso de que se ignorasen sus reclamaciones —amenaza que cumplieron cuando llegó el director de la empresa, quien se encontró rodeado de miles de mujeres desnudas, una grave maldición a los ojos de las comunidades del Delta del Níger, que le convencieron para que aceptase efectuar los pagos de compensación.<sup>39</sup>

---

[ed. cast: *Abrazar la vida: mujer, ecología y supervivencia*, Madrid, Horas y Horas, 1995].

<sup>36</sup> *Ibidem*.

<sup>37</sup> Matsui, *Women in the New Asia. From Pain to Power*, Londres, Zed Books, 1999, pp. 88-90.

<sup>38</sup> Wangari Maathai, «Kenya's Green Belt Movement», recogido en F. Jeffress Ramsay (ed.), *Africa*, Guilford (CT), The Duskin Publishing Group, 1993.

<sup>39</sup> Terisa E. Turner y M. O. Oshare, «Women's Uprisings Against the Nigerian Oil Industry» en Terisa Turner (ed.), *Arise! Ye Mighty People!: Gender, Class and Race in Popular Struggles*, Trenton (NJ), Africa World Press, 1994, pp. 140-141.

La lucha por la defensa del territorio también se desarrolla desde los años setenta en el sitio más insospechado del mundo —la ciudad de Nueva York; el movimiento de protesta ha adquirido aquí, entre otras formas, la de huertos urbanos. La iniciativa surgió de un grupo capitaneado por mujeres llamado «Green Guerrillas» que comenzó limpiando parcelas abandonadas en el Lower East Side. En los años noventa ya había ochocientos cincuenta huertos urbanos en toda la ciudad y se habían organizado docenas de agrupaciones comunitarias, como la Greening of Harlem Coalition, que fue fundada por mujeres que deseaban «reconectarse con la tierra y darle a los niños una alternativa a las calles». Hoy en día cuenta con treinta y una organizaciones y treinta proyectos.<sup>40</sup>

Es importante resaltar que los huertos no solo han supuesto una fuente de verduras y flores sino que han servido para promover la construcción comunitaria y otras luchas como la ocupación de viviendas y el *homesteading*.<sup>41</sup> Debido a esta implicación con otras luchas y a su papel instigador de las mismas, bajo el mandato del alcalde Giuliani, los huertos urbanos han estado en el punto de mira de sus ataques, y desde hace algunos años uno de los principales retos del movimiento ha sido la lucha contra los *bulldozers*. Durante la última década, el «desarrollo» ha hecho que desaparecieran cien huertos, más de cuarenta de ellos arrasados por los *bulldozers*, y las previsiones de futuro son bastante sombrías.<sup>42</sup> De hecho, desde su nombramiento, el sucesor de Giuliani y actual alcalde, Michael Bloomberg, ha declarado como su predecesor la guerra a estos proyectos.

---

<sup>40</sup> Wilson y Weinberg, *Avant Gardening*, op. cit., p. 36.

<sup>41</sup> El término *homesteading* se refiere a las prácticas por las que un hogar puede ser autosuficiente, en la medida de lo posible, tanto en la producción de alimentos como en relación a la sostenibilidad energética. Aunque el modelo se ha extraído del mundo rural, es decir, de aquellas pequeñas granjas dedicadas al autoabastecimiento, se ha exportado a las zonas urbanas y a sus extrarradios. En función del espacio disponible en la vivienda se llega a pasar de la agricultura en macetas a la producción de miel y biocombustible. Es una tendencia bastante extendida tanto en EE UU como en los países del norte de Europa. [N. de la T.]

<sup>42</sup> Wilson y Weinberg (eds.), *Avant Gardening*, op. cit., p. 61.

## La importancia de la lucha

Como hemos podido ver, en muchas ciudades del planeta los habitantes de las ciudades dependen de los alimentos que las mujeres producen mediante la agricultura de subsistencia. Por ejemplo en África, un cuarto de la población residente en las ciudades afirma que no podría sobrevivir sin la producción de la agricultura de subsistencia. Esto lo confirma el Fondo de Población de las Naciones Unidas, que afirma que «cerca de doscientos millones de residentes de las ciudades cultivan alimentos, proporcionando gran parte de los alimentos necesarios a casi mil millones de personas».<sup>43</sup> Si tenemos en cuenta que la mayor parte de los productores de subsistencia son mujeres podemos entender por qué los hombres de Kedjom, Camerún dicen: «Sí, las mujeres que mantienen cultivos de subsistencia lo hacen por el bien de la humanidad». Gracias a ellas, los miles de millones de personas, tanto de zonas rurales como urbanas, que ganan uno o dos dólares al día no se van a pique incluso en tiempos de crisis económica.

La producción de subsistencia de las mujeres se enfrenta a la presión de las compañías agroalimentarias para reducir las tierras de cultivo —una de las principales causas del aumento de los precios y de las hambrunas— mientras que aseguran cierto control sobre la calidad de los alimentos producidos y protegen a los consumidores de los cultivos manipulados genéticamente y envenenados con pesticidas; la producción de subsistencia de las mujeres representa una forma de agricultura segura, consideración crucial en un momento en el que los efectos de los pesticidas sobre los cultivos está causando altas tasas de mortalidad y de enfermedades entre los campesinos de todo el mundo, comenzando por las mujeres.<sup>44</sup> Por eso, el cultivo de subsistencia otorga a las mujeres los medios esenciales de control sobre su salud y la salud y las vidas de sus familias.<sup>45</sup>

<sup>43</sup> United Nations Population Fund, *State of the World Population 2001*, Nueva York, 2001.

<sup>44</sup> Véase por ejemplo, L. Settini *et al.*, «Cancer Risk Among Female Agricultural Workers: A Multicenter Case-Control Study», *American Journal of Industrial Medicine*, núm. 36, 1999, pp. 135-141.

<sup>45</sup> Veronika Bennholdt-Thomsen y Maria Mies, *The Subsistence Perspective: Beyond the Globalised Economy*, Londres, Zed Books, 1999.

También podemos observar que la producción de subsistencia contribuye a la creación de un modelo de vida no competitivo basado en la solidaridad, básico para la creación de un nuevo modelo de sociedad. Esta es la semilla de lo que Veronika Bennholdt-Thomsen y Maria Mies denominan la «otra» economía la que «sitúa la vida y todo lo necesario para reproducir y mantener la vida de este planeta en el centro de su actividad económica y social» frente a la «acumulación sin fin del dinero muerto».<sup>46</sup>

---

<sup>46</sup> *Ibidem*, p. 5.